XIII

A LAS tres de la mañana desesperanzado Tomás de la vuelta de Sotero, despidióse de la familia de Nacho y se encaminó lentamente á los lugares frecuentados por los muchos grupos que visitaban aun las ofrendas.

Pensaba que su colega, olvidándose de él, habíase entretenido con sus amigos, aunque se extrañaba de una ausencia tan prolongada.

Buscó por todas partes, interrogó

á quienes pudieran darle alguna noticia y nada obtuvo.

Asomaba ya la aurora en el Oriente cuando se dirigió impaciente é inquieto á la calle donde vivía Rosaura. Seguramente allí sí lo encontraría.

Antes de llegar notó algo inusitado en la esquina de la casa de aquella.

Ya cerca ¡cuál sería su sorpresa y el espanto que experimentó alternativamente, al ver la autoridad judicial en presencia de un cuerpo muerto, tendido en un lago de sangre sobre el empedrado. . . !

Se abrió paso hasta allá y distinguió en las facciones lívidas y desencajadas la faz exangüe de su querido Sotero.

Quedó enclavado por el terror.

No veía ni observaba. De pronto una nube obscureció sus ojos y á tra-

vés de ella apenas advertía que algunos individuos se movían acercándose ó alejándose en todas direcciones. No se explicaba el por qué. Había perdido la noción exacta de la vida. Mas su oído percibía claramente hasta los mas leves ruidos: murmullos de los asistentes que se perdían en conjeturas respecto del asesino; frases de condolencia y suspiros de dolor de las mujeres, junto con las preguntas secas y graves del juez del crimen. Por último, oyó la orden de conducir el cadáver á su casa.

Siguió al acompañamiento maquinalmente.

A poco, con el llanto que bañó sus mejillas, fueron levantándose de su cerebro las brumas que lo envolvían, volviendo á enseñorearse la razón de su asiento; entonces ¡oh dolor! se dió cuenta cabal de la desgracia. ¿Pero cómo había sucedido aquello? ¿A qué

horas pasaría el desastre? ¿Y no hubo alguien que hubiese defendido á su amigo? Evidentemente que no; puesto que ya no alentaba.

Gemía y se desesperaba y maldecía en su interior de sí mismo por la imprevisión de no haberle acompañado; con él nada le hubiera pasado.. ¿y quién se iba á atrever con él? Pero lo vengaría, eso sí; ya buscaría al bandido hasta debajo de las piedras.. ¡Maldito y miserable Pablo! ¿Quién era si no él?

Tendieron el cadáver ensangrentado de las ropas, con negruzcos cuajarones de sangre en el rostro y los sesos blanqueando aun en el cráneo roto, sobre un pobre lecho.

El siniestro causó honda sensación en el pueblo; de todas partes afluían á la casa del malogrado poeta.

Al entrar al aposento personas amigas de la familia, ayes desgarra-

dores se oían aquí y allá; imprecaciones angustiosas y llantos desesperados.

Los estudiantes reunidos en grupo maldecían del destino.

—¿Y por qué no le acompañaste? —decía Basiliso á Tomás—si sabías á dónde iba?

—¡Oh! porque se opuso abiertamente.

—A pesar de eso lo hubieras acompañado,—objetó Nacho.

—No quería...no quería... y la verdad es que no quise disgustarle, —contestó dolorosamente Tomás, y agregó:

—¡Era tan bueno!

Se humedecieron sus ojos y moviendo apresuradamente los párpados bajó el rostro para ocultar su dolor.

—Esa maldita de Rosaura tiene la culpa—exclamó indignado Nacho.

—Más coqueta,—acentuó Basilisa.

—¡Prostituta!—concluyó Tomás con reconcentrada ira.

Uno de los acompañantes que formaban en el grupo, expresó:

—¡Pobre! estará apenada... inconsolable.... Según sé, le quería mucho... ella no tuvo la culpa...

Otro agregó.

—Bastante quehacer tendrá con la justicia.

Otro:

—Y la mancha que le queda.... ¿Y al malhechor le aprehendieron?

—Pst!

—Pero lo vengaré—juró Tomás solemnemente.—He de buscar á ese alevoso y bandido de Pablo;—con los puños crispados, el rostro congestionado y en la mirada la cólera, se separó á un lado del grupo.

Llamólo Angela que allí estaba con otras jóvenes de su edad y le in-

dicó que arreglase el entierro para en la tarde.

A las cuatro habia ya un acompañamiento numeroso.

Los estudiantes cargaron en hombros el féretro para conducirlo al camposanto.

Poco á poco desfiló el fúnebre cortejo.

Cuando llegaron á la barranca del panteón ya no podían los cargadores; depositaron el ataud en un altillo, mientras tomaban aliento, corriéndoles el sudor por el rostro.

Otros intentaron ayudarles, pero no consintieron.

Ascendieron pausadamente la pendiente de la loma y penetraron en la mansión de los muertos, por entre un amontonamiento de cruces, hollando la grama y rozándose con la maleza.

Al Sur, sobre el muro que la circu-

ye y al abrigo de un añejo amate, cavaron la sepultura. Colocaron el féretro sobre el talud de tierra recientemente removida entre tanto los sepultureros sacaban las últimas paladas.

A las seis, entre llantos y palabras angustiosas de las mujeres, con lazos, bajaron lentamente el cajón que sonó con ruido sordo en el fondo de la fosa. Echaron tierra. . .

Agonizaba el crepúsculo. El sol, al hundirse en el abrupto horizonte, ribeteó de color rojizo las delgadas nubes que manchaban aquí y allá, con tonos opalinos, el infinito azul. Soplaba con eco melancólico, una brisa fresca que venía del Norte, sollozando al acariciar las campánulas del muro, inclinando amorosa los tallos de la yerba, eterno huésped de solitarias tumbas, y esparciendo un olor delicadamente acre que vivifi-

caba los organismos. . . . Los buitres en busca de sus nidos en los acantilados ó del abrigo protector de las umbrosas copas de los amates que ascendían diseminados á la montaña, cruzaban el espacio, silbando con las alas en su vertiginoso vuelo; y allá, en los derruidos muros de la casa de la Quinta, lanzó al aire su lúgubre graznido la lechuza.

FIN DE "ROSAURA MUÑOZ"